

ESPIGAS DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL (A PROPÓSITO DE LAS RANAS DE PILAR REDONDO)

José Antonio Ponferrada Cerezo

Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Niños.
Literatura infantil y juvenil.
Ranas.
Juan Ramón Jiménez.
Puerto Rico.
José Ponferrada Gómez.

Los niños, la literatura infantil y juvenil española e internacional (cuentos folklóricos o narrativa de autor), y la literatura crítica al respecto, son la materia de este ensayo (a partir de un cuento sobre las ranas de la autora cordobesa Pilar Redondo).

ABSTRACT

KEYWORDS

Children.
Children's and youth
literature.
Frogs.
Juan Ramón Jiménez.
Puerto Rico.
José Ponferrada Gómez.

Children, children's and youth literature spanish and internacional (folk tales or author's narrative), and critical literature on that subject, are the topic of this essay (from a story about frogs by Cordoba's writer Pilar Redondo).

A la memoria de mi compañero, el profesor
y poeta Eduardo García (1965-2016)

Desde hace tiempo he querido dejar escritas mis ideas sobre este asunto, tan considerable, de la literatura infantil y juvenil. Así que la presentación en 2016 de un nuevo cuento escrito por la joven autora cordobesa Pilar Redondo, titulado *Clotilde la de Ronda* (ISBN 9788461622986), será para mí la oportunidad de referirme a un tema más extenso.

En *Clotilde la de Ronda* la popular ranita Clotilde, ya en su sexta aventura, parece que requería peineta, abanico y mantilla; para terminar de evocar en nuestras imaginaciones a *Carmen, la de Ronda*, aquella famosa película de Sara Montiel sobre el personaje de Mérimée. Y es que esta reciente entrega, nº 14 de la "Colección Albolafia" (que dirige

don Julio Merino, académico correspondiente de esta Casa), se hizo en homenaje al Milenario de la Taifa de Ronda. Así que tiene como fondo el impresionante paisaje de aquella ciudad salada como malagueña: la plaza de toros de piedra (“*la de los toreros machos*”, que decía Fernando Villalón), su Tajo, su río Guadalevín, la benéfica Sierra de las Nieves; y también sus personajes, propios o aclimatados: los Ordóñez, Giner de los Ríos, Rilke o Hemingway.

Clotilde la de Ronda es hasta ahora el episodio más extenso de la serie, con un total de treintaidós páginas, más cubiertas; de las que veintiocho corresponden al texto principal, escrito en aquella evocadora caligrafía escolar de los cuadernos “Rubio”, tan limpia y ordenada que invita a leer (según el modelo elegido para los *Cuentos de la Media Lunita*, de Antonio Rodríguez Almodóvar). Gracias a su amplitud, *Clotilde la de Ronda* contiene dos episodios: el de las metamorfosis y el del viaje lunar. Las sucesivas transformaciones de los protagonistas, que aquí resultan problemáticas pues que son debidas a la torpeza de sus ejecutantes, tienen larga tradición en el cuento popular: los magos expertos, recordemos, se transformaban y se volvían a transformar, hasta que alguno era cazado por su rival. ¿Y qué decir de la “*casta diva*”, la Luna? En el cuento de Pilar Redondo nuestro satélite es un lugar amable, convenientemente habitado por “*los que están en la luna*”; o sea, los poetas, los artistas... Pero no olvidemos la luna fría, sangrienta y terrible de los jinetes que nunca llegarán a Córdoba. Los antiguos advirtieron esta ambigüedad, estas caras distintas, y llamaron a la Luna “*triple Hécate*”; pues que es Diana virginal en la Tierra, Febe en el Cielo y Hécate terrible en los Infiernos. Luciano el alejandrino y Cyrano el francés tienen voz alta en su coro.

A otra cosa. Ya se ha dicho que el texto es obra de Pilar Redondo; aunque de ninguna manera podemos olvidar su correlato en imágenes. Van las palabras profusamente ilustradas a todo color, gracias a la creatividad de M^a. Estrella López Merino y a los dibujos de María del Pino. Un conjunto atractivo y colorista, que creemos muy del gusto de la grey infantil. Destaquemos el acierto en las orlas (que nos recuerdan, en su ingenuidad, las de aquellos códices miniados del cristianismo medieval). La ilustración del cuento es importantísima para el niño que aún no lee, para quien las mismas letras no son sino dibujitos (como para nosotros, aunque ya mayores, lo siguen siendo las formas casi arbóreas de la caligrafía árabe o las geométricas del chino). Este niño esencial se acerca al libro como el peregrino jacobeo a la Puerta del Paraíso, a creer por las imágenes.

La escritura de Pilar (hablo de su estilo) es adecuadamente ágil y correcta; natural, pero con altura y propiedad tanto en la narración como en el diálogo de los personajes. Prefiriendo en sus contextos precisos, por ejemplo, “asistir”, “descender”, a “ir”, “bajar” (estas que llamamos “palabras baúl”, donde todo cabe menos la precisión). Pero lo más llamativo es la propia inventiva, que se manifiesta en la elección de los actores (varias ranas, una lagartija, un loro, un hada...) y en la de sus nombres. Uno de estos personajes es un humano, Pilar (“*la mamá poeta*” de Clotilde), que es quien al final del cuento consigue (gracias a sus palabras: sus conjuros) sacar a nuestra ranita del lío en que se ha metido. Y el caso es que esta Pilar del

cuento nos recuerda bastante a la escritora Pilar Redondo. ¿Serán la misma persona? Esto ya nos había pasado con un personaje de novela que se llama Miguel de Unamuno. La novela es *Niebla* y, quizá por eso de la niebla, el personaje se nos confunde mucho con un gran español y escritor: con don Miguel de Unamuno. Pero no, el personaje y el hombre no pueden ser el mismo; porque don Miguel murió en el 36, de un fuerte dolor de España, y el personaje de *Niebla* bien vivo que está y seguirá estando en el libro, por la gracia del arte...

Los personajes que son animales, pero que se comportan como personas (lo cual no les ha de resultar muy difícil) son característicos del género narrativo que llamamos fábula. Esta como arte de magia de que los animales hablen, vistan o razonen, se logra mediante un viejo truco literario llamado personificación (o prosopopeya); magia gratísima a los humanos, pero particularmente a los niños, que pegan con sus manitas a la mesa con la que han tropezado, al tiempo que la increpan: “—*Mesa tonta, mala*”. Y es que todo nuestro entorno aparece “*más humano, menos raro*”, si lo personificamos y hacemos que se comporte como lo haríamos nosotros. Por cierto que el arte inversa, la de transformar hombres en animales, se llama arte de tropelía (de “tropos”: cambio), y en ella eran maestras mis paisanas montillanas las brujas “Camachas” que, según se dijo, convirtieron en caballo a todo un don Alonso de Aguilar. De estas brujas cervantinas, como de otras más corrientes, se ocupó largamente nuestro compañero académico don Rafael Gracia Boix, en su excelente monografía sobre *Brujas y hechiceras de Andalucía*, publicada en 1991 por esta Real Academia de Córdoba.

“*Ahora*, como dice Antonio Gala, *hablaré de mí*”. Desde chico y hasta el presente he sido gran devorador de literatura infantil y juvenil. En la acogedora “Biblioteca de la Casa del Inca Garcilaso” leí de pequeño, uno tras otro, la colección completa de cuentos de todos los países. Siguiendo, hará veinte años que descubrí los *Cuentos al amor de la lumbre*, cuyos dos tomos con dedicatoria de su recopilador, Antonio Rodríguez Almodóvar (para mi hija Alicia el primero, para mí mismo el segundo), cuyas dos partes, repito, descifré para mi niña antes de que ella misma pudiera hacerlo. Los cuentos fueron entre padre e hija nexos comunes de entretenimiento y aprendizaje. Luego, andando el tiempo, hará quince años que completé los tres tomos de los *Cuentos populares rusos*, de Afanásiev; y aún menos hace que leí la única traducción española completa, que yo conozca, de *Todos los cuentos de los hermanos Grimm*. Estas colecciones, las de Grimm, Afanásiev y Almodóvar, provienen de una raíz folklórica común, antigua como el hombre, que va incluso más allá del amplia área indoeuropea: de ahí los múltiples parecidos entre sus argumentos. Distinto es el caso de otros clásicos, como los *Contes de ma mère l’Oye*, del francés Charles Perrault; o los *Cuentos* del dinamarqués Hans Christian Andersen (sí, se puede decir “dinamarqués”; aunque sea más corriente oír “danés”). En Andersen aún más que en Perrault, los motivos tradicionales sirven de base para la fértil imaginación del autor.

La génesis de muchos cuentos como los de Andersen está en la improvisación oral para los niños de la casa, que poco a poco se va perfeccionando hasta llegar al

impreso. Mis hermanos y yo tuvimos esa gran suerte de oír cuentos especialmente inventados para nosotros, con sus propios personajes, como la Bruja Hocicotroncho, Juanillo el de la Buena Pipa..., con sus propias canciones y todos sus avíos. Los creaba mi padre, José Ponferrada Gómez; pero solo llegó a escribir uno, sobre su personaje estrella: el *Cuento de don Grillito Zapatero*, un cuento de Navidad que dedicó y regaló a sus tres nietas para los reyes del cabalístico año de 1999.

De entre las modernas, la obrita que según creo comprende más a fondo la complejidad risueña y amorosa del niño es *Peter Pan*. La traducción que prefiero coincide, felizmente, con la más disponible: la de Alianza Editorial.

No hay que olvidar al *Pinocho* de Collodi (Pepito, el grillo que representa la conciencia, sépanlo, muere en el capítulo cuatro, de un mazazo que le da Pinocho). Tampoco debemos ignorar la serie de *El mago de Oz*, de Frank. Lyman Baum (el nombre del mago, “Oz”, es el de los archivadores en dos tomos que, en vez del clásico A Z de los de uno, son A N y O Z: Baum, que antes de escribir improvisaba para sus pequeños oyentes, tuvo que inventarse el nombre del mago con lo primero que en su despacho le vino a la vista). Y no hay que perderse los tres libros de *Alicia* (Carroll escribió una versión expresamente para niños, que en España publicó Libertarias). Ni todos los *Tom Sawyer* (hay cuatro) de Mark Twain; *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame, con la estelar aparición del mítico dios Pan; *Puck en la colina de Pook*, de Rudyard Kipling; la pizpireta *Pippi Calzaslargas*, de Astrid Lindgren; o la serie de *Guillermo el travieso*, de Richmal Crompton...

Como se ve, el mundo anglosajón sobrepuja al nuestro mediterráneo en su atención al mundo de la niñez, con una abundante creación de literatura infantil; a lo que seguramente no son ajenas esas largas jornadas de lluvia vividas al calor del hogar. Con todo, desde los años treinta podemos presumir los españoles de nuestra estupenda *Celia*, de Elena Fortún (en el siglo Encarnación Aragoneses Urquijo), que está hasta en los *Diarios* de Jaime Gil de Biedma. Las novelas de *Celia* suman una veintena de títulos altamente recomendables, de los que en 2016 acaba de reeditarse uno misteriosísimo (que, terminado de escribir en 1943, apenas circuló en su primera edición de 1987). Se llama esta rareza *Celia en la revolución* (o sea, en el Madrid de la guerra civil). Por cierto, que en el capítulo dos podemos ver una de las supersticiones ligadas a las ranas. Las niñas, con su cuidadora Valeriana, huyen de Segovia a Madrid. En pleno campo Teresina, la hermanita de Celia, “fue al regato por agua con el vaso de aluminio, pero volvió sin nada porque había encontrado una rana.

— ¡Que me miraba así, así! —decía, con los ojos desorbitados y abriendo los dedos de las manos.”

Más modernamente triunfó el *Manolito Gafotas* de Elvira Lindo. Para cerrar esta relación, y en atención a Pilar Redondo, mamá poética de la rana “Clotilde”, quiero acordarme de otro hermoso librito español: *Juan Ramón Jiménez. Poesía en prosa y verso escogida para los niños por Zenobia Camprubí*, de 1932.

Este libro español del Nobel Juan Ramón tuvo un hijo americano. En 1937 se imprimió en La Habana, pero en edición exclusiva para las escuelas de Puerto Rico, *Verso y prosa para niños*, de Juan Ramón Jiménez. Más voluminoso que el español, y con sus pastas en amarillo, hemos examinado varios ejemplares de esta primera edición; con particular interés uno, con abundantes anotaciones en respetuoso lápiz de la mano del poeta, ejemplar sobre el que queríamos trabajar. Nos lo enseñaron, con otros objetos personales del matrimonio (una frazada, cerámicas, el retrato por Sorolla...), en la hermosa “Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez” que, como herencia, custodia la Universidad de Puerto Rico en la localidad de Río Piedras. Gracias a la directora de la Sala, profesora Aura Díaz López; emoción y respeto al ver, sacados de sus cofres en honor de los visitantes españoles, los vaciados mortuorios de rostro y manos tanto del poeta como de su gran mujer.

Cerca de Río Piedras, ya en el Viejo San Juan de Puerto Rico y con vistas al romántico camposanto de Santa María dei Pazzi (donde reposa Pedro Salinas, ya para siempre a la vista del paisaje que inspiró *El Contemplado* de su exilio americano) pudimos conversar sobre el poeta en la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española con su director, José Luis Vega, y secretaria María Inés Castro. Mercedes Valverde, Charo Montaña y yo mismo, formamos la breve embajada española encargada, a finales de septiembre de este 2016, de estrechar las relaciones entre nuestras Real y Puertorriqueña academias; alrededor del proyecto sobre “Cordobeses en América” (comenzado por don Antonio Valverde Madrid y que nuestra estimada Mercedes, su hija, desea completar).

Desde ese huequito que para siempre abre la isla preciosa en nosotros (“Verde luz”), volvamos a nuestro principal asunto, para mostrar que merecen capítulo aparte los siete libros de J. K. Rowling sobre *Harry Potter*, que entre 1997 y 2007 revitalizaron la acogida de este tipo de literatura con una excelente mezcla de originalidad y tradición. Viniendo a explicitar, de paso, el importante papel de las mujeres como autoras.

Seguramente por razones comerciales, pensando en el cine, los de *Harry Potter* son textos sin ilustraciones. Pero los dibujos son importantísimos en esta clase de libros: *Alicia* debe ser de Tenniel; *Pinocho*, de Attilio Musino; *Celia*, de Molina Gallent; *Peter Pan*, de Bedford (o de Disney)... El gran Gustavo Doré trabajó sobre muchos cuentos infantiles.

Si nos ocupamos ahora de alguna literatura sobre literatura infantil y juvenil (pero es mejor leer literatura infantil y juvenil), debe nombrarse cómo hace años hizo fortuna *Si una mañana de verano un niño*, de Roberto Cotroneo (el título juega con el de *Si una noche de invierno un viajero*, de Italo Calvino). El ejemplar de mi hija Alicia se lo regaló y dedicó mi maestro, el filólogo y jesuita Feliciano Delgado; de quien es forzoso y grato tener un recuerdo en esta Casa a la que, como académico y profesor universitario tan unido estuve.

Pero el clásico entre los libros sobre literatura infantil es *Los libros, los niños y los hombres*, de Paul Hazard (hacia 1930). Nuestro conocido publicista Luis Alber-

to de Cuenca lleva su admiración a esta obra hasta el extremo de que, en su prólogo para *El cuarto de las hadas* de Madame d'Aulnoy (en editorial Siruela) fusila tres páginas enteritas del libro de Hazard sin advertimos, para nada, de lo que está haciendo. Por último, dos libros principales a propósito de este asunto: *Morfología del cuento*, de Vladimir Propp, 1928; y *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, de Bruno Bettelheim, 1977.

Y, volviendo a la fuente, ¿qué decir de las ranas, escogidas por la autora Pilar Redondo para héroes de sus escritos? En la literatura aparecen, que yo sepa, muy tempranamente las ranas, en las fábulas de Esopo que las escribió siete siglos antes de Cristo. El viejo griego las hace protagonistas de al menos tres de sus escritos, caracterizándolas como ejemplo de gentes algo alocadas e imprudentes que, con sus intentos de llegar a más resultan arruinadas; ya devoradas por la cigüeña que escogen para rey, ya víctimas de un reventón cuando más se inflan para ser más grandes de lo que naturaleza les concedió. De Esopo, probablemente, pasaron un par de siglos más tarde al coro griego de *Las ranas*, la comedia de Aristófanes (tan apreciada por Nietzsche en *El origen de la tragedia*). “—Brequequequéx coáx coáx”, cantan los batracios de Aristófanes: por este constante gritar, los Padres de la Iglesia las identificaron con los herejes y con el demonio.

Pero, en general, como nos advierte el *Diccionario de símbolos* de Cirlot “el sapo es la antítesis de la rana, como la avispa de la abeja”; por lo que la rana suele identificarse con lo positivo, a menudo con la resurrección, y en este sentido favorable es como explica el poeta Cirlot la transformación del príncipe en una rana, tan común en los cuentos folklóricos. Nosotros no dudábamos, desde luego, que la ranita Clotilde es buena y ajena a aquellos dimes y diretes de los Padres de la Iglesia. Si no habría más que verle la carita, que es espejo del alma... A lo mejor hasta es una princesa. Lo que sí tiene la rana de Pilar Redondo como epíteto homérico, un rasgo de carácter, es que es “miedosa”. Aunque, para serlo, en buenos líos que se ha metido; con lo que vengo a creer que se trata de un miedo “bueno” para los niños, ese miedo que más bien se relaciona con la necesaria prudencia; que no es ese otro paralizante y enfermizo.

Y ya vamos terminando. Vimos cómo el auge de la literatura infantil en los países anglosajones bien puede relacionarse con el mal tiempo. Pero en España no: el verano es la patria de los niños. Las pandillas de chiquillos cantaban en la Montilla de mi infancia, y no digamos en la de la posguerra, entonaban con verdadera alegría, siguiendo la música de *La raspa*, aquello de:

Ya llegó el verano,
ya llegó la fruta,
ya se fue el invierno
que es un hijop***

Mientras asaltaban lindes y frutales, sembrados y viñas, arriesgándose al brazo en cabestrillo (consecuencia de las frecuentes caídas), o al certero tiro con escopeta de los “viñeros” (los guardas que, en obsequio a los padres de las criaturas, las cargaban solo con sal gorda en vez de con perdigones).

Pensemos que lo juvenil, tan de moda en nuestros tiempos, es una realidad reciente (como palabra se estrena en el castellano precisamente por boca de dos autores cordobeses: Mena y Góngora). Antes se decía “mozo”, no joven (que es palabra culterana). Y lo que querían los mozos es parecerse en todo a sus padres, cuanto antes mejor (para así gozar de sus privilegios).

El niño, en cambio, es un universal, una realidad eterna. Fuertes y tan razonables que, por amor a la regularidad, dirán “volvido”, y no vuelto; “sabo”, y no sé. Conforme salen de su Arcadia feliz, de su paraíso, gustarán del árbol de la ciencia, aprenderán la norma y sabrán del mundo. Queridos padres, queridos niños: ¡atención a la infancia! El hombre se construye en esos primeros años. Básicamente, lo que se es a los seis años se es ya para siempre. Y aún antes, como han venido a demostrar los estudios, desde 1972, del neozelandés “Instituto Dunedin”. Como dicen en inglés, “*child is father to the man*”: el niño es el padre del hombre. “...Y así seguirán las cosas, mientras los niños sean alegres, inocentes e insensibles”; “*gay and innocent and heartless*”, que son las palabras con que termina el *Peter Pan* de sir James Mathew Barrie.

En cuanto a los cuentos tradicionales, que debemos seguir leyendo a nuestros pequeños, puesto que tan importantes son en la formación del niño, déjenme como colofón expresar una idea. Con el tiempo, los niños mayores (los “antiguos muchachos”, que diría don Pablo García Baena), lo vamos intuyendo: en realidad todos los cuentos son uno (largo como la humanidad e infinito), un cuento que trata de nosotros y de nuestro asombro de ser (con ojos de rana) en este caos maravilloso que hemos llamado mundo. Y el final, que aún está por escribir, tengo para mí que será feliz; como prometen los cuentos precisamente para el hermano menor (el que se hace pequeño y penetra el gran arcano).